

Osuna que acababa de llegar de su destierro. Acompañábase el padre Vingtimiglia, teatino siciliano, que escapado de su país por los alborotos de Messina en que tomó parte, se refugió á España, se introdujo primeramente con don Juan de Austria y despues con el duque de Osuna, y fiado en que hablaba francés y aspirando á ser confesor de la reina, quiso ser el primero á hablarla, y no paró hasta llegar á Bayona. Avisó el marqués de los Balbases la salida de la reina de Fontainebleau y de Paris, despues de haber sido suntuosamente agasajada en su despedida del rey y de la corte, trayendo en su compañía al duque de Harcourt como embajador extraordinario, á su aya la mariscal de Clerambaut como camarera mayor, y porcion de damas jóvenes y bellas de la primera nobleza de Francia. Hacia su viaje en jornadas cortas, y por todos los pueblos del tránsito era festejada con magnificencia, y recibía las mas cordiales demostraciones de cariño y de respeto. Al llegar á Bayona se le presentó el osado Vingtimiglia, y en su impaciencia de conquistarse su favor, y valiéndose con astucia de la gente de su servidumbre, comenzó por inspirarle sentimientos de desconfianza hácia la reina madre y el embajador francés, la persuadió á que moviera al rey á formar un consejo de Estado, del cual, decia, seria el mejor presidente el duque de Osuna, y por último solicitó del de Harcourt que le presentara una Memoria que llevaba escrita, desenvolviendo un plan de gobierno á su manera. Pero en vista de su importunidad y de su mal disimulada ambicion, condenáronle al desprecio, y abochornado el de Osuna de que á la sombra de su proteccion hubiera querido hacer valer proyectos que él ignoraba, le abandonó á su suerte, no queriendo ya admitirle siquiera en su compañía para que no le comprometiera (1).

Esperaba ya á la reina la comitiva española en Irun. Habíase preparado una linda casita de madera orilla del Bidasoa para que descansara; la entrega se habia de hacer en la ya célebre isla de los Faisanes: llegó allí la reina el 3 de noviembre (1679), y embarcándose en una hermosa falúa que estaba dispuesta, la recibió el marqués de Astorga, á quien se hizo la entrega con la ceremonia y las formalidades de costumbre. Pasaron luego todos á Irun, en cuya iglesia se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por su feliz viaje. Iguales demostraciones de regocijo que en aquella villa fué recibiendo la reina en todos los pueblos por donde pasaba. El 21 de octubre habia salido de Madrid el rey á encontrar á su real esposa, con gran séquito de señores, caballeros y criados, todos de gran gala, y tras él partieron despues en posta el duque de Pastrana que acababa de llegar, y el primer caballerizo don José de Silva con un magnífico boato. El estado deplorable de los caminos hizo que la reina no pudiera llegar á Burgos el día que se la esperaba, pero la impaciencia de Carlos suplió aquella dilacion, pues sabiendo que el 18 (noviembre) habia tenido que hacer alto en la pequeña aldea de Quintanapalla, distante tres leguas de aquella ciudad, el 19 partió el rey de Burgos, precedido del patriarca de las Indias, no llevando consigo sino las personas precisas para su asistencia, y cerca de la hora de medio día se vieron por primera vez en Quintanapalla los augustos novios, saludándose con mutuo cariño y ternura.

Ratificáronse aquel día las bodas ante el patriarca de las Indias en aquella pobre y miserable aldea, que nunca pudo pensar tener tanta dicha; comieron juntos los régios consortes, y partieron por la tarde en una misma carroza. Hicieron su entrada en Burgos, donde descansaron algunos días, alternando entre las dulzuras conyugales y los festejos de masca-

(1) El tal padre Vingtimiglia hubiera ya muerto en un cadalso en Sicilia como uno de los principales revoltosos, si no hubiera acertado á fugarse y venir á España. Aquí se hizo del partido de don Juan de Austria, conspiró con él, le fué á buscar á Zaragoza, y era el alma de la conjuración en aquella ciudad. Muerto don Juan, se arrojó al duque de Osuna, y quiso á su sombra elevarse en alas del favor de la que venía á ser reina de España, de la manera que hemos visto.—Correspondencia del embajador de Dinamarca en Madrid; cartas á su gobierno sobre este asunto, en Mignet, Documentos inéditos sobre la sucesion de España, tomo IV.—MS. del archivo de Salazar, en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

radas, comedias y otras diversiones con que los obsequiaron (2). Desde Burgos se dividieron las dos comitivas de la servidumbre del rey y de la reina para no embarazarse en el viaje á Madrid, viniendo la una por Valladolid y la otra por Aranda de Duero, y el 2 de diciembre (1679) llegaron SS. MM. felizmente al palacio del Buen Retiro entre las aclamaciones del inmenso pueblo que ansioso los aguardaba. Allí permanecieron muchos días, recibiendo frecuentes visitas de la reina madre, y los parabienes de los embajadores, grandes y caballeros de la corte, entretenidos con comedias y divertido el rey con partidas de caza, hasta el 23 de enero (1680), que hicieron su entrada pública y su traslacion al palacio de Madrid, por en medio de arcos triunfales con inscripciones y versos, fachadas adornadas con variedad de gustos, comparsas de gremios, coros de música y otros vistosos aparatos. Por muchos días duraron en Madrid las fiestas, tales y tan suntuosas, que parecia que la nacion se hallaba en el colmo de su prosperidad, y que no habia otra cosa en qué pensar sino en regocijos. Ya iremos viendo la gangrena que se ocultaba bajo estas brillantes y engañosas apariencias (3).

(2) Entre las mascaradas hubo una en que los hombres marchaban en parejas figurando en sus trajes aves y animales, cada uno con su mote en verso. Como muestra de la depravación á que habia llegado el mal gusto literario en esta época, sin que por eso faltaran en la corte algunos buenos ingenios, vamos á citar algunos de aquellos motes:

A dos águilas.

Aqueste fiero arcabuz,
aunque un águila le aprieta,
lo mismo es que una escopeta.

A dos milanos.

Estas aves de rapiña
con las plumas de milanos,
dicen que son escribanos.

A dos cochinos.

Quitándome de porfías,
porque no digan soy terco,
yo digo que soy un puerco.

A dos ratones.

De ver ratones aquí
no hay que admirar el exceso,
que hace oscuro y huele á queso

A dos gallos.

Si quieres parecer gallo,
pues á ser gallo te inclinas,
anda siempre entre gallinas.

A dos que iban majando.

Ya no dirán que el majar
es cosa de majaderos,
pues majan dos caballeros.

A dos que marchaban de espaldas.

No es quimera esta que ves,
pues sucede, si reparas,
haber hombres de dos caras.

A una pareja con los pies hácia arriba.

En esta rara invencion
al mundo pintado ves,
pues tambien anda al revés.

A dos papagayos.

Piensen que el ser papagayo
es animal de las Indias,
y se engañan, porque hay muchos
papagayos en Castilla.

Y por este orden y de este género otros muchísimos motes.—Relacion impresa de aquel año titulada: *Dichas de Quintanapalla, y Glorias de Burgos*, y publicada como gaceta extraordinaria.

(3) De todos estos sucesos nos informan minuciosamente las gacetas ordinarias de aquel tiempo, que salían cada ocho días, y las muchas Relaciones que se escribían y publicaban como gacetas extraordinarias, tales como las siguientes: *Descripcion de las circunstancias mas esenciales de*

CAPÍTULO VIII

Ministerio del duque de Medinaceli

DE 1680 Á 1685

Aspirantes al puesto de primer ministro.—Partidos que se formaron en la corte.—Trabajos del confesor y de la camarera.—Indecision del rey.—Da el ministerio al de Medinaceli.—Males y apuros del reino.—Alborotos en la corte.—Célebre y famoso *auto general de fe* ejecutado en la plaza de Madrid.—Desgracias y calamidades dentro de España.—Pretensiones de Luis XIV sobre nuestros dominios de Flandes.—Guerra con Francia en Cataluña y en los Países Bajos.—Gloriosa defensa en Gerona.—Pérdida de Luxemburgo.—Tregua de veinte años humillante para España.—Génova combatida por una escuadra francesa.—Mantiénese bajo el protectorado español.—Rivalidades é intrigas en la corte de Madrid.—La reina madre; el ministro; la camarera; otros personajes.—Caída del confesor Fr. Francisco Reluz.—Retirase la camarera.—Reemplazo en estos cargos.—Situacion lastimosa del reino.—Caída y destierro del duque de Medinaceli.—Sucedele el conde de Oropesa.

No todos pensaban solamente en las fiestas y regocijos. En medio de la algazara popular y de aquella especie de vértigo por las diversiones que parecia haberse apoderado de todos, los hombres políticos se agitaban y movían: vacante la plaza de ministro desde la muerte de don Juan de Austria, fiado interinamente el despacho de los negocios al secretario don Jerónimo Eguía; con un rey joven, sin experiencia ni talento, y á quien llamaban mas la atencion las gracias de su bella esposa que los áridos asuntos del Estado, y los accidentes de la caza y de los toros que las necesidades del reino, hacianse mil cálculos y conjeturas en los círculos políticos de la corte sobre la persona en quien recaeria el ministerio, que era entonces como decir el ejercicio de la autoridad real.

Entre los que andaban en lenguas, ó como pretendientes, ó como designados por la opinion para este puesto, la voz pública señalaba como los mas dignos y que reunian mas aptitud y mas probabilidades de ser llamados á él, al duque de Medinaceli y al condestable de Castilla. El primero tenia en su favor el cariño del rey, el segundo contaba con el apoyo de la reina madre. De ilustre cuna los dos, hombres ambos de talento y de experiencia, el de Medinaceli tenia mas partido en el pueblo y entre los grandes por la dulzura y suavidad de su trato; era sumiller de Corps y presidente del consejo de Indias: el condestable, decano del de Estado, de mas edad y de mas instruccion que Medinaceli, tenia menos adictos por la austeridad y aun por la adustez de su genio; nunca don Juan de Austria habia podido atraerle á su partido por mas que habia empleado los halagos y las promesas.

La corte estaba dividida entre estas dos parcialidades, y cada una de ellas ponía en juego los resortes y artificios de la política cortesana, haciéndose una guerra secreta. Hacíasela tambien disimulada y sorda al uno y al otro el secretario don Jerónimo de Eguía, hombre que de la nada habia subido á aquel puesto al amparo de los dos ministros anteriores Valenzuela y don Juan de Austria, acomodándose y doblegándose con admirable flexibilidad y sumision á todo el que podia satisfacer sus ambiciones. Ahora, explotando cierta confianza que habia alcanzado con el rey, y bien hallado con el manejo de los negocios que despachaba interinamente, aspiraba ya á ser él mismo ministro, ayudado del confesor, que no queria ver en el ministerio persona que eclipsara su influencia. Al efecto, en union con la duquesa de Terranova,

lo sucedido en la augusta y célebre funcion del desposorio del Señor Rey Don Carlos II con la Serma. Real Princesa Doña Maria Luisa de Borbon, ejecutado en el Real Sitio de Fontanabla, á 31 de este presente año de 1679 por carta de un caballero que se halló presente, escrita á otro de esta corte á 2 de setiembre.—Relacion de la salida que hizo el Excelentísimo Señor Duque de Osuna, caballerizo mayor de la Reina Nuestra Señora Doña Maria Luisa de Borbon, de orden de S. M. etc.—Primera y segunda parte del viaje de la Reina Nuestra Señora, etc.—*Dichas de Quintanapalla y Glorias de Burgos, bosquejadas, etc.*—*Relacion compendiosa del recibimiento y entrada triunfante de la Reina Nuestra Señora, etc., en la muy Noble, Leal, Coronada villa de Madrid.*—Y otras infinitas que podriamos citar.

procuraba apartar á la reina madre y á los de su partido de toda intervencion en el gobierno, interesar á la reina consorte, inspirar al rey desconfianza hácia los dos personajes que estaban mas en aptitud de ser llamados al ministerio, y persuadirle de que debia gobernar por sí mismo, sin favorito, sin junta, sin dependencia de curadores. Con estas y otras trazas logró el de Eguía tener por algun tiempo indeciso y vacilante al rey, disponiendo él entre tanto de la suerte de la monarquía.

Pero todas las combinaciones se le fueron frustrando; no le sirvió unirse con el condestable, con el confesor y con la camarera; las dos reinas se entendieron y unieron, no obstante las intrigas que para dividir las é indisponerlas se empleaban; don Jerónimo de Eguía se fué convenciendo de que todos le hacian traicion, porque de resultados de una conferencia que con la reina tuvo el de Medinaceli, y de la cual salió muy satisfecho, hasta el mismo condestable varió de lenguaje y de conducta, sorprendiendo á todos oírle recomendar al de Medinaceli, antes su rival, como el mas á propósito y el que mas merecia el ministerio. Por último salió el monarca de aquella irresolucion que tantos perjuicios estaba causando, por el retraso que padecian los negocios del Estado y los intereses de los particulares, estancados todos los asuntos en las oficinas de las secretarías, y el 22 de febrero (1680) se publicó el decreto nombrando al duque de Medinaceli primer ministro (1), y el mismo confesor, antes tan enemigo suyo, se encargó de llevarse. A nadie causó sorpresa el nombramiento, ni fué tampoco mal recibido, porque del duque mas que de otro alguno se esperaba que podria poner algun remedio al estado deplorable en que se encontraban los negocios públicos. Irems viendo si su conducta correspondió á estas esperanzas.

Indolente y perezoso el nuevo ministro, dejó al Consejo la autoridad de resolver los negocios, no determinando por sí cosa alguna. Creó además varias juntas particulares, entre ellas una de hacienda, que se llamó *Magna*, compuesta de los presidentes de Castilla y Hacienda, del condestable, el almirante, el marqués de Aytona, y de tres teólogos, todos frailes, uno de ellos el confesor del rey, Fr. Francisco Reluz, otro el P. Cornejo, franciscano, y otro el obispo de Avila Fr. Juan Asensio, que reemplazó en la presidencia de Castilla á don Juan de la Fuente (12 de abril, 1680), al cual se desterró por complacer al papa. El Asensio era mercenario calzado.

Mala era la coyuntura en que esta junta entraba. Las gentes andaban ya muy disgustadas, porque todos sentían los males, y todos veían crecer los apuros del erario; que el dinero traído en el año anterior por los galeones de la India habíase consumido en los gastos y las fiestas de las bodas. En tales apuros hubo un comerciante que presentó al de Medinaceli un memorial, proponiendo ciertos medios para aumentar las rentas reales con alivio de los pueblos, y haciendo otras proposiciones al parecer muy beneficiosas. Oyó el duque, pero le despidió sin resolver nada, y no faltó quien amenazara al Marcos Diaz, que así se llamaba el comerciante, con que seria asesinado si continuaba haciendo semejantes proposiciones. Y así fué, que volviendo un día de Alcalá á Madrid le acometieron unos enmascarados, y le dieron tales golpes que de ellos murió poco tiempo despues. El pueblo á quien habian halagado las proposiciones de Diaz y esperaba que con ellas se aliviaria su miseria, se amotinó gritando que habia sido sacrificado, y pidiendo castigo contra los culpables. Como diese la casualidad de pasar el rey en aquella ocasion por junto á las turbas, rodearon su coche, y comenzaron á gritar: «¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno!» El alboroto duró algunos días, sin que las autoridades pudieran reprimirle, y el rey no se atrevia á salir de palacio; pero todo se redujo á quejas, injurias y amenazas contra las personas á quienes se atribuía la miseria que affigia al pueblo, y la sedicion se fué calmando poco á poco. Coincidían por desdicha con este estado de cosas los terremotos, la peste y el hambre que sufrían al mismo tiempo muchas provincias de España.

La alteracion en el valor de la moneda hecha por el secretario Eguía, y la tasa puesta á los precios de los artefactos

(1) Gaceta ordinaria de Madrid de 27 de febrero de 1680.